



Capítulo 54

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO II



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LA SOCIEDAD PERUANA, LOS INTELLECTUALES Y LA GUERRA CON CHILE

Margarita Guerra Martinière

El Perú al momento de declararse la guerra, el 5 de abril de 1879, afrontaba una situación interna bastante crítica: se había debilitado fuertemente su economía, a consecuencia de un abuso en la contratación de empréstitos, por no haberse consolidado adecuadamente los capitales privados, disminuido en forma considerable el valor del billete fiscal en relación a la moneda metálica de plata, siendo arrastrado por la crisis internacional de 1873. Las consecuencias se manifestaban en el alza del costo de vida y el menor poder adquisitivo del ciudadano.

A la crisis existente se sumó, en esos días, el reclutamiento de campesinos, obreros, artesanos y en general de todos los varones capaces de manejar armas, lo cual contribuyó a paralizar el ritmo de las actividades económicas.

Asimismo, la situación política era altamente inestable. El gobierno del general Mariano Ignacio Prado estaba muy desprestigiado y no existían partidos políticos organizados, debido a que el único partido con pretensiones de tal, el Civil, había entrado en un receso, al haber sido asesinado, el año anterior, su fundador Manuel Prado cuando iba a incorporarse al Senado.

También en lo social existían fuertes tensiones que se arrastraban desde muy antiguo, como el problema del indio, el cual al inaugurarse al república no recibió ninguna atención, no obstante las declaraciones doctrinarias recogidas en los reglamentos, estatutos y constituciones respecto a la igualdad que debía mantenerse entre quienes nacían en el territorio, tales disposiciones pasaban por alto los agudos conflictos interétnicos vigentes. La situación estuvo agravada por las confrontaciones con los inmigrantes asiáticos, a quienes segregaron todos los grupos sociales.

Durante los años de la guerra la mayoría de estos enfrentamientos quedan en suspenso y se reanudan después de la firma del tratado de Ancón (20 de octubre de 1883), como fue el caso de la rebelión de Atusparia en Huaraz¹.

¹ Los alcaldes indios de Huaraz, encabezados por Pedro Pablo Atusparia, llegaron a tomar la ciudad de Huaraz en marzo de 1885 y entre sus seguidores, su lugarteniente Uchhu Pedro era partidario de

A estos problemas, ya de por sí bastante graves, se añade la situación internacional del Perú, al haber contraído un compromiso de honor con Bolivia, derivado de la firma del discutido tratado secreto de alianza defensiva de 1873, y que Chile esgrime para justificar su declaratoria de guerra al Perú, al asumir que fue un pacto deliberadamente contra ellos.

Aquí surge una serie de preguntas de difícil respuesta: ¿por qué el Perú firmó este tratado? ¿Quiénes lo conocieron en el país y fuera de él? ¿Cuál fue la reacción de los diferentes sectores de la sociedad que lo conocieron? ¿Era inevitable la firma?

Las opiniones de la historiografía peruana al respecto se dividen, pero esta discusión solo será enunciada aquí, ya que no es este el objetivo del trabajo. Unos defienden la firma con perspectiva de un futuro no tan lejano, pues cuando Bolivia requiere al Perú, en 1873, para el acuerdo su relación con Chile ya era difícil pues disputaba la posesión de los terrenos fronterizos ricos en guano y salitre que llegaban hasta las provincias peruanas colindantes. ¿Quedarían allí las ambiciones chilenas? Era de suponer que no, por lo tanto el Perú también se sentía amenazado y en un callejón sin salida, porque una negativa habría obligado a Bolivia a buscar otra alternativa y, según rumores, ya para esos años Chile la había insinuado: la entrega de Antofagasta a cambio de conseguir —con su ayuda— la salida al mar por el puerto peruano de Arica, lo cual implicaba que el Perú sería, de todas maneras, arrastrado al conflicto.

La otra postura considera que el Perú pudo negarse a la firma del tratado o, por lo menos, no darle el carácter de secreto, ya que lo oculto siempre parece esconder segundas intenciones. En caso de firmarlo debería haber conseguido aliados más poderosos. Esta segunda opción no parece muy convincente, pues la amenaza chilena estaba latente y era difícil que otros países cercanos quisieran verse envueltos en estos problemas, como fue el caso de Argentina. Lo que sí debió hacer el Perú fue reforzar sus defensas y no, por el contrario, disminuir sus fuerzas armadas.

I. Las generaciones que participaron en la guerra

Tomaremos aquí como referencia la propuesta planteada por José Agustín de la Puente Candamo (1983, pp. 29-46) en su artículo al respecto. El habla de cuatro generaciones que estuvieron vinculadas a la Guerra, aunque no de la misma manera.

La *primera* es la de quienes nacen entre finales del siglo XVIII y los albores de la independencia, de los cuales rescatamos, básicamente, a quienes tuvieron una grave responsabilidad en el desarrollo del conflicto, como Francisco Bolognesi [1816-1880],

pasar a cuchillo a todos los blancos, e inclusive, mestizos con lo cual el movimiento habría tomado un cariz étnico. Primó sin embargo el carácter inicial de reclamo contra los abusos de las autoridades y la supresión de «los trabajos de la República» (especie de mita). Existe también la incógnita respecto a un posible carácter político de la rebelión, advirtiendo una cierta presencia cacerista.

Juan Buendía [1916-1895], Manuel Villar [1810-1889] o Luis La Puerta [1811-1896], que fueron hombres que estaban entre los 64 y los 79 años, edad que para aquellos tiempos significaba la ancianidad. En estos casos estamos frente a profesionales de la actividad militar. Junto a ellos cabe subrayar la presencia de dos militares² que tuvieron más bien destacada obra intelectual, como Manuel de Mendiburu [1805-1885] y Manuel de Odriozola [1804-1889], por cuanto nos interesa, de manera especial, ver el papel que jugaron los intelectuales en estos años.

La *segunda* generación engloba a los nacidos entre 1820 y 1840. Constituye un grupo que desempeña el papel más importante en los años críticos. Aquí se incluyen las principales figuras de la guerra, tanto militares como políticas: Miguel Grau [1834-1879], Andrés A. Cáceres [1833-1923], Lizardo Montero [1832-1905], Belisario Suárez [1833-1910], Isaac Recavarren [1839-1909], Nicolás de Piérola [1839-1913], Miguel Iglesias [1830-1909], Francisco García Calderón [1834-1905], Mariano Ignacio Prado [1826-1901], Remigio Morales Bermúdez [1836-1894], Justiniano Borgoño [1836-1929]. Todos ellos conformaron, básicamente, el sector dirigente del Perú a partir de la Guerra hasta finales del siglo XIX y son, por lo tanto, objeto de los escritos acusatorios de Manuel González Prada, por su supuesta ineficacia y falta de patriotismo y cuya actuación se cuestiona en los días posteriores a la firma del tratado de Ancón. Entre los intelectuales de esta generación puede mencionarse a José Arnaldo Márquez [1831-1903], quien destaca en literatura y escritor sumamente polémico, también inventor; Pedro Ruiz Gallo³ [1838-1880] de gran talento inventivo; y José Sebastián Barranca [1830-1899] destacado matemático.

La *tercera* generación involucra a los jóvenes y adultos que estuvieron presentes durante toda la guerra y que por edad fueron los más comprometidos en la defensa del país; oscilaban entre los veinticinco y los cuarenta años y gobernaron el Perú en el siglo XX. También fueron los ejecutores del tratado de Ancón en su fase final. Algunos rindieron su vida en la campaña marítima, como Elías Aguirre o Diego Ferré, quienes sucedieron a Miguel Grau en el comando del «Huáscar»; Alfonso Ugarte, Ladislao Espinar, muertos en Arica; Guillermo Billinghurst, negociador del protocolo con el cual pudo completarse la aplicación del tratado de Ancón en 1898⁴. Hay que añadir a los anteriormente nombrados a destacados intelectuales

² En el siglo XIX muchos intelectuales salieron de las filas del ejército, especialmente durante los años del caudillismo y durante los conflictos internacionales (1860 con el Ecuador, 1866 con España y 1879 con Chile).

³ Inventor de un reloj que se colocó en el Parque Universitario. Al dar la hora tocaba el Himno Nacional y para que no cayese en manos chilenas se alteró el mecanismo y no pudieron hacerlo funcionar.

⁴ Firmó el protocolo Billinghurst-La Torre, por el cual se daría cumplimiento al art. 3° del tratado de 1883 que establecía un plebiscito para definir el destino de Tacna y Arica. Lamentablemente, Chile no ratificó dicho protocolo y el problema se mantuvo hasta 1929.

y científicos que compartieron aquellos aciagos días, como: Andrés Avelino Aramburú [1845-1916], José Antonio Miró Quesada [1845-1930] en el periodismo; Manuel Moncloa Covarrubias, en el campo del teatro; Jorge Polar [1856-1932] y Alejandro O. Deustua [1855-1905] en la educación; Carlos Wiesse [1859-1945], José Toribio Polo [1841-1919], Félix Cipriano Coronel Zegarra [1846-1897] y Rómulo Cúneo Vidal [1851-1936], autores de trabajos históricos; Manuel González Prada [1844-1918], Pedro Paz Soldán y Unanue, Acisclo Villarán [1841-1927] en la literatura y en la política; Daniel Alcides Carrión [1857-1885] en el campo de la medicina.

Y la *cuarta* generación, que incluye a los nacidos entre 1860 y 1880, de los cuales muy pocos van a tener una experiencia directa de la Guerra. Los mayores no alcanzaban los veinte años y los menores nacen en los días del conflicto. Si bien mucho sienten muy cercanas las consecuencias, solo los que cumplían hasta trece años estuvieron en condiciones de tomar las armas contra el invasor. Entre estos se cuentan Augusto B. Leguía (1863-1932), posteriormente presidente del país y firmante del nuevo tratado con Chile de 1929, e intelectuales como Pedro Dávalos y Lissón, quien en una especie de autobiografía, *¿Por qué hice fortuna?*, dará una versión de sus experiencias en la campaña de Lima; Carlos Germán Amézaga (1862-1906), breñero; Federico Barreto [1862-1929] y Víctor González Mantilla [1865-1907], ambos tacneños.

Con estos elementos previos podemos acercarnos a analizar la percepción que tuvieron los diferentes componentes de la sociedad sobre el conflicto que se vivía y confrontarlo con las impresiones negativas que se conservan en la tradición acerca de este acontecimiento, tradiciones originadas en diversas oportunidades en versiones chilenas y que autores como González Prada generalizan a toda la sociedad.

II. La sociedad peruana frente a la guerra

Este es un tema que cabe enfocar a partir de algunas instituciones y de los diversos sectores que la conforman:

El *gobierno*, encarnado en el cuerpo político que dirigía el Estado, y que es el que se ve presionado por Bolivia, para hacer efectivo el tratado de 1873; por el pueblo, al solidarizarse con los altoperuanos ante la toma de Antofagasta (14 de febrero de 1879); y por la amenaza latente de un avance chileno sobre el litoral peruano e, incluso, por los velados ofrecimientos de aquel país a Bolivia para ayudarla a conquistar su presunta *salida natural al mar* por el puerto peruano de Arica.

El gobierno conocía las deficiencias que aquejaban en esos días a las Fuerzas Armadas, debidas a la reducción de efectivos promovida desde la presencia del civilismo en el poder (1872-1876) y a la precariedad económica del país provocada por las luchas políticas internas y la crisis mundial de 1873, por lo cual dicha medida no pudo revertirse. La misma circunstancia impidió que unidades de la Marina

pudieran ser reemplazadas por los nuevos modelos que manejaban Alemania e Inglaterra. A todo ello se agregan errores serios en la adquisición de material bélico.

Pese a lo anterior, el Perú se vio obligado a intervenir diplomáticamente primero —aunque ya a destiempo— con la misión extraordinaria del plenipotenciario José Antonio de Lavalle⁵. A la par se hacen esfuerzos sobrehumanos para recaudar fondos para reforzar la defensa y formar nuevos cuadros de ejército. El presidente, general Mariano Ignacio Prado, y el gabinete que lo acompañaba fueron conscientes del peligro en que se encontraba el país, pero no se podía romper el acuerdo con Bolivia, pues las consecuencias podrían ser peores.

La *Fuerza Armada*, integrada por el Ejército y la Marina. El primero conformado por una plana mayor en la cual quedan varios generales formados en las luchas emancipadoras, como Francisco Bolognesi, Juan Buendía, Manuel de Mendiburu, Manuel de Odriozola, José Rufino Echenique, José Andrés Rázuri, Luis La Puerta, Juan Francisco Balta y otros. Si bien es cierto que para entonces eran niños o adolescentes, ahora desempeñaban cargos importantes, como el vicepresidente La Puerta, el general Buendía dirige la campaña del Sur y forma parte del Estado Mayor en la campaña de Lima; Bolognesi tiene a su cargo la defensa del Morro de Arica, etcétera. Esto hace pensar que la dirección de la guerra, posiblemente, no aplicó las nuevas tácticas y estrategias vigentes en las guerras internacionales del último tercio del siglo XIX.

Es cierto que el general Andrés A. Cáceres había estado en Europa alrededor de los años sesenta y trae una nueva visión de la guerra. No obstante su participación desde la campaña del sur, aun cuando es el artífice de la victoria de Tarapacá, todavía no ha alcanzado el generalato y, por lo tanto, su poder de decisión es limitado. Su figura aparece nítida más adelante, cuando asume la organización de la campaña de la resistencia y puede innovar los métodos de lucha y adecuarlos al terreno donde le toca moverse. A su lado como coetáneos están Miguel Iglesias, Isaac Recavarren, César Canevaro, Justo Pastor Dávila, Remigio Morales Bermúdez, etcétera, todos los cuales, excepto Iglesias, tomarían parte en la campaña de la Breña.

Si se tiene en cuenta todo lo dicho, es fácil comprender que los altos mandos militares vieran con mucha preocupación la posibilidad de afrontar una guerra y consideraran seriamente la necesidad de agotar la vía diplomática.

A su vez, la Marina tampoco contaba con las unidades adecuadas para hacer frente a la flota chilena, dado que las últimas adquisiciones procedían del conflicto de 1866, con España, es decir de trece años atrás. En 1874 se habló de la compra de dos blindados y el Congreso aprobó el empréstito correspondiente, pero se

⁵ Lavalle recibe, a finales de febrero la misión de ir a Chile para tratar de impedir la guerra con Bolivia, en aplicación del tratado de 1873, pero al exigir aquel país la neutralidad del Perú, terminó toda posibilidad de entendimiento y Chile declaró la guerra el 5 de abril de 1879. La diplomacia peruana debió estar alerta todos estos años frente al manejo boliviano de sus relaciones con Chile.

impuso la corriente pacifista y se alegó la poca capacidad de endeudamiento del Estado. Así, para 1879 la mayoría de las antiguas naves estaban en condiciones precarias y era indispensable su reparación⁶.

La Iglesia Católica, como institución no podía tener un pronunciamiento respecto a la posibilidad de la guerra, dado que por sus objetivos espirituales no podía incitar a la discordia; no obstante, tampoco podía tolerar las injusticias o los abusos de poder que se estaban generando de parte de Chile, por lo cual, al hacerse pública la declaratoria de guerra contra el Perú la jerarquía dotó de capellanes al Ejército y a la Marina, los cuales acompañarían a las fuerzas de mar y tierra a través de todas las campañas y les brindaron los auxilios espirituales necesarios⁷. Asimismo, en las ciudades muchos párrocos convirtieron los sermones en verdaderas arengas patrióticas, las cuales no terminaron con la paz de Ancón (20 de octubre de 1883), sino que se intensificaron en las provincias cautivas de Tacna y Arica⁸ hasta la firma del nuevo tratado de 1929.

Este acompañamiento en las provincias retenidas por Chile dio lugar a la persecución a estos sacerdotes, los cuales terminaron por ser expulsados y reemplazados por ministros chilenos, no obstante no tener la Iglesia chilena jurisdicción sobre tales localidades que pertenecían a la diócesis de Arequipa.

También cabe destacar algunos incidentes que se produjeron durante la ocupación de la capital, cuando el capellán chileno solicitó al arzobispo de Lima las llaves de la catedral para celebrar oficios religiosos por los caídos en la Guerra, al negarse a ello se le obligó a dicha entrega.

Otra forma de participación, aunque a título individual, fue la de aquellos sacerdotes⁹ que antepusieron un hondo fervor patriótico a las obligaciones de su

⁶ Diversos autores como Jorge Basadre, Rubén Vargas Ugarte, S. J., Carlos Dellepiane, Tomás Caivano etcétera, al referirse al estado de las fuerzas navales y terrestres de los países beligerantes dan cuenta de la precariedad de la Marina peruana, no así los historiadores chilenos como Gonzalo Bulnes, Diego Barros Arana o Benjamín Vicuña Mackenna.

⁷ Carmen Mc Evoy señala en conferencias dadas en Lima (Instituto de Estudios Peruanos), que la Iglesia Católica chilena si se pronunció a favor de la guerra, dándole el sentido de una «guerra santa». En el caso peruano esto no ocurrió, se mantuvo la independencia entre el poder temporal y el espiritual, sin que esto signifique una indiferencia frente a la patria en peligro, puesto que hubo plena identificación con la defensa del territorio y la justicia de la causa peruana.

⁸ Se conoció con el nombre de provincias cautivas a las localidades de Tacna y Arica, que según el tratado de Ancón permanecerían diez años más bajo la administración chilena y se decidiría su destino mediante un plebiscito. Lamentablemente, Chile se opuso permanentemente a su realización y luego de un frustrado arbitraje norteamericano para llevarlo a cabo se llegó al acuerdo directo entre ambos países, en 1929, por el cual Tacna volvía al Perú, pero Arica quedó definitivamente incorporada a Chile.

⁹ Se destaca entre ellos al doctor José Félix Andía (15 de setiembre de 1909), quien fue el último vicario peruano en Tacna, quien dijo «Prefiero la muerte que abandonar la parroquia», al enfermar gravemente y recomendársele ir a Arequipa a curarse. A él le dedicó el poeta Federico Barreto un soneto (Pango Vildoso, 1979, p. 52).

estado clerical y tomaron las armas y se batieron, finalmente, al lado de Cáceres en la sierra central y en la sierra de Huamachuco.

La *elite*, es decir, los sectores que detentaban el poder, tanto político como económico y social. En líneas generales mantuvieron una actitud decididamente patriótica durante el conflicto, aunque naturalmente, como en toda sociedad, hubo excepciones, pero fueron minoritarias. Más frecuentes resultaron los actos de entrega total, como el caso de Alfonso Ugarte¹⁰ joven tarapaqueño de gran fortuna, que vivía unas largas vacaciones en París, pero ante la patria en peligro volvió y puso sus bienes y su vida a disposición de las necesidades de la nación.

Los aportes económicos que estos grupos entregaron ante los requerimientos de los diversos gobiernos nacionales es posible que no cubrieran los montos solicitados, pero no se ha hecho el cálculo de cuál fue el monto total recaudado de los capitalistas peruanos, dado que no se han hecho los estudios cuantitativos al respecto.

Otra interrogante es ¿cuántas fortunas sobrevivieron a la crisis económica en la cual se encontraba el país? Como señala Basadre (1964, Tomo VI, pp. 2690-2691) después de la Guerra la pobreza alcanzó a la gran mayoría de familias, desde las más encumbradas hasta las de menores recursos, y si bien fueron numerosos los cupos impuestos por los chilenos, la sociedad peruana tuvo serias dificultades para cubrirlos y eso irritaba a las autoridades de la ocupación, que tomaron represalias, no obstante, cada vez la recaudación era menor.

Los *sectores medios*, que consideramos ya bastante definidos en la época y habían incrementado considerablemente su volumen dentro de la sociedad urbana. Entre ellos estaban muchos estudiantes, artesanos con taller, empleados de casas comerciales, banca y seguros, empleados públicos, maestros, algunos profesionales liberales, miembros del clero, periodistas, etcétera.

Posiblemente este sector es uno de los que más se identifica con la defensa de los derechos del débil, que en este caso era Bolivia, y toma muy a pecho la actitud más que provocativa de Chile al invadir el litoral de Antofagasta y dar origen a la mediterraneidad del Alto Perú.

Una expresión de los jóvenes en protesta por la prepotencia chilena son las palabras de Lizardo de la Puente¹¹:

¹⁰ Sobre Alfonso Ugarte circulan diferentes versiones respecto a su muerte. Una es la heroica que lo presenta lanzándose del morro de Arica (7 de junio de 1880) con el pabellón peruano para evitar que este símbolo cayera en manos chilenas. Otra es que sobrevivió a la caída de Arica y murió años más tarde en París, lo cual evidentemente no desmerece su participación en la Guerra.

¹¹ En Lima y en el Callao hubo mítines, en los cuales participaron autoridades municipales, congresistas, representantes de diversos gremios y estudiantes universitarios y de las diversas instituciones educativas, de lo cual dan cuenta *El Comercio*, en su edición única del día 6, así como los otros periódicos: «*El Nacional*», «*La Sociedad*».

Señores: Si hay alguien que debe levantar muy alta su voz en estos importantes comicios, es, sin duda, la juventud universitaria quien tiene la gloria de haber sido la primera en protestar de ese crimen, realizado en las playas de Antofagasta, crimen horrendo condenado ya por la conciencia del Continente americano. ¡Esa juventud, en cuyo nombre hablo, se reunía ayer para ofrecer sus simpatías y su sangre a la hermana ultrajada; pero, hoy que los acorazados de Chile, en su insensata pretensión, han bloqueado ya un puerto de su sagrada patria, se reúne ahora para jurar, ante la faz de Dios y de las naciones que la contemplan, que sabrá morir como mueren los verdaderos patriotas al pie de su bandera, antes que ver flamear en el suelo de sus padres al extranjero pabellón de una potencia ingrata, de una nación maldita.

El *pueblo*, sector mayoritario y vario pinto, integrado por la gente de color y marginal, que realiza las actividades menos buscadas por los otros sectores de la sociedad, como vendedores ambulantes, estibadores, peones de hacienda o comuneros, mineros, etcétera, resultan fácilmente involucrados en la guerra, sea porque son levados, porque son reclutados por los mismos hacendados o, porque, como ocurre en la sierra, al avanzar las fuerzas chilenas sienten su presencia como extraña, que va a quitarles lo suyo, que ya ha empezado a causar destrucción y muerte a su paso. Paralelamente, el general Andrés A. Cáceres organiza la resistencia desde los Andes y con él y con su prédica patriótica se identifican los pueblos a los cuales él recurre en la sierra central, como Huancayo, Ayacucho, etcétera.

Los *extranjeros*, entre los cuales cabe hacer ciertas distinciones, pues según su procedencia y actividades que realizan es su relación con la sociedad peruana. Unos son los inmigrantes europeos, los comerciantes que llegan en los días de la independencia o poco después, otros son los coolíes chinos que vienen a reemplazar la mano de obra africana a partir de 1849. Al abolirse la esclavitud, en 1854, los asiáticos entran como trabajadores «libres», pero en la práctica ven muy limitados sus derechos y son mal vistos por el resto de la sociedad.

El caso más interesante es el de los italianos, quienes ingresan al país, sobre todo, hacia mediados del siglo, forman un cuerpo de bomberos voluntarios (la bomba «Roma»), y mantienen una presencia efectiva en los cuadros militares. Ellos desempeñaban diversas labores vinculadas con el comercio y se habían insertado plenamente en la sociedad. Franceses e ingleses también se movían en el campo del comercio y todos constituyeron la Guardia Urbana cuando la capital quedó momentáneamente sin autoridad, antes del inicio de la ocupación.

Extranjeros que se enrolaron en la reserva son muchos, como Federico Blume, de origen caribeño, llegado al país hacia 1860; Carlos Prince, francés, con destacada actuación intelectual; Eduardo de Habich natural de Varsovia, vinculado al mundo de la ingeniería; Clemente Markham, inglés, que llega a escribir una *Historia de la Guerra con Chile* y está en el Perú al tiempo del conflicto; Sebastián Lorente,

español, vinculado a la educación, muere al año siguiente de la firma de la paz; Antonio Raimondi, milanés, científico que adoptó al Perú como su segunda patria y defendió valiosas colecciones de ciencias naturales en los años de la guerra. Así, podrían enumerarse a diversos extranjeros que se identificaron con la causa peruana, como el argentino Roque Sáenz Peña, que estuvo presente en Arica. Todos ellos realizaron fuertes sacrificios en defensa de nuestro patrimonio.

Situación diferente es la de los coolíes, quienes no pudieron asimilarse a la sociedad peruana. Esta aculturación llegaría solo con los inmigrantes de fines del siglo XIX y comienzos del XX, al ingresar otro tipo de asiático, de mejor nivel económico y social, que fue más aceptado por la sociedad. A esto se debió que los coolíes del valle de Cañete al llegar las tropas chilenas decidieran unirse a ellas, en la confianza de que ellos serían sus libertadores, lo cual no fue así. Este es el origen de la presencia de auxiliares chinos en la campaña de Lima¹². A su vez, los soldados peruanos responsabilizaron a los coolíes por haber guiado a las tropas invasoras hacia Lima.

La *prensa*: ya desde inicios del siglo XIX cumplía un papel de gran importancia en la conducción de la opinión pública, dado que allí estaban los intelectuales con sus editoriales, poesía satírica y demás artículos que reflejaban las tendencias de aquellos.

La mayoría de los periódicos exaltó el atropello chileno e incitaba a la guerra. Se orientaba al pueblo hacia una actitud triunfalista, como fue el caso de Andrés Avelino Aramburú en «La Opinión Nacional». Este periodista tuvo que partir al exilio durante la ocupación y fuera continuó su prédica patriótica. El periodismo se solidarizó con los «hermanos bolivianos» y se recordaron los múltiples vínculos existentes desde muy antiguo.

Un periódico que trató de equilibrar las opiniones fue *El Comercio*, diario que demostró mayor cautela en el tratamiento del tema, quizás por conocer mejor el estado real de la Fuerza Armada, o por el hecho de ser uno de sus directores, José Antonio Miró Quesada, panameño, lo cual le permitió mantener cierta objetividad, no obstante, tomó partido por el Perú, esto no impidió que debido a un enfrentamiento con Nicolás de Piérola se cancelara su aparición desde enero de 1880 hasta finales de octubre de 1883.

Los *intelectuales*, quienes si bien están integrados en los grupos anteriores, suelen conformar un colectivo especial, con una tendencia a asumir una actitud fuertemente crítica hacia la sociedad de su tiempo. Sus manifestaciones se vierten mediante la palabra escrita a través del periodismo, aunque también se expresan oralmente en reuniones de tertulia y, en estos días, en asambleas públicas. Constituyen un grupo pensante, capaz de analizar los diversos problemas que aquejan al país

¹² El novelista chileno Sergio Hinojosa recoge esta versión en su obra *Adiós al séptimo de línea*, texto constantemente reeditado en Chile y que presenta las vicisitudes de ese cuerpo durante la Guerra.

y buscar sus raíces para proponer soluciones, sin embargo, solo en muy contadas oportunidades son capaces de ejercer el poder dar respuesta a los retos de cada día.

Se les puede ver en tres momentos: antes de la guerra, durante ella y en los años siguientes, puesto que si bien mantienen al tope su patriotismo, también realizan fuertes críticas al pasado. En este campo destacan: Manuel González Prada, Pedro Paz Soldán y Unanue (Juan de Arona), Alberto Hidalgo, Carlos Germán Amézaga, Federico Barrantes, Federico Elguera, etcétera.

Entre estos intelectuales citaremos a algunos, como: Mariano Felipe Paz Soldán, historiador que construye la primera historia peruana del conflicto en los días siguientes a la firma de la paz y que, además, formó parte del grupo que tomó la iniciativa para constituir un nuevo gobierno capaz de negociar la paz; Ricardo Palma (1964), literato y político, defensor del gobierno de la Dictadura y uno de los más cáusticos críticos del gobierno de la Magdalena (Francisco García Calderón) y de la responsabilidad de los indios en la derrota.

Manuel González Prada, reservista, literato y político. Fue el gran cuestionador de la sociedad de su tiempo y, en especial, de la élite que estuvo en el poder en 1879, partidario del revanchismo. A pesar de su actitud iconoclasta, vive el Perú a profundidad, aunque algunos lo acusen de no tener gran conocimiento del interior del país. Luis Alberto Sánchez (*Don Manuel*) precisa que antes de la Guerra conoció la sierra central hasta Cerro de Pasco y la sierra de Lima para lo cual debió viajar a lomo de mula único transporte en esos días, pero Bruno Podestá (González Prada, 1978, p. 9), si bien coincide en el viaje a Cerro de Pasco, señala: «Conoció poco fuera de Lima a las gentes de este país. Apenas hizo un par de cortos viajes por la sierra (Cerro de Pasco y Arequipa) a los que solo cabría agregar sus ocho años de permanencia [...] en la hacienda Tutumo, una de las propiedades de su familia. De allí que su crítica se centrara en Lima».

Esto lo haría caer en lo que criticara Valdelomar sobre quienes ven al Perú solo a través de Lima¹³.

Carlos Germán Amézaga¹⁴ literato, reservista y breñero; José Antonio de Lavalle, diplomático y escritor, tuvo a su cargo las labores más delicadas desde los orígenes

¹³ Se explica mejor esta referencia al hablar de la imagen que González Prada da de los indios en relación a la Guerra de 1879.

¹⁴ Carlos Germán Amézaga fue hijo de Mariano Amézaga y Enriqueta Llanos. Tuvo ocho hermanos. Nació en Lima en 1862 y murió en 1906, a los 44 años. Estudió en el colegio de Guadalupe, pero ya desde los siete años hacía versos y a los catorce se consagra como poeta satírico. Se le describe físicamente como «[...] alto de estatura, anchas espaldas, de tez morena, nariz perfilada, ojos de mirada profunda y bien delineada frente, decorado el rostro por negra y rizada» (Amézaga. 1948, pp. 9-15). Ante la declaratoria de guerra se enrola en el ejército como soldado, junto con su hermano Germán Grimaldo, quien muere en San Juan. Carlos Germán pasa, en 1881, al ejército activo y participa en Miraflores junto a Manuel González Prada, por quien siente gran admiración. Posteriormente viaja a la sierra y participa en la campaña de la Resistencia. Sigue a Cáceres «[...] desde Arequipa, Puno y Cusco hasta Cajamarca y Chachapoyas [...] fue un soldado valiente, que ganó con heroísmo uno

del conflicto hasta la firma del tratado de paz de 1883; Francisco García Calderón, jurista y político, se desempeñó como presidente provisorio al inicio de la ocupación y al tratar el tema de la paz rehusó con firmeza la entrega territorial; Pedro Paz Soldán y Unanue, diplomático y literato, toma como pseudónimo Juan de Arona y utiliza la sátira para censurar a la clase dirigente que no pudo ganar la guerra.

Todos estos intelectuales, sin excepción participaron en la defensa de la Patria, aunque no todos llevaron las armas hasta el final, pero la literatura a la que dieron cauce refleja intensamente lo sufrido.

III. Los intelectuales¹⁵ y la guerra

Los intelectuales se manifestaban, como ya se ha dicho, a través de la prensa o en los congresos. Ya no probaban suerte en el ejército como en la Independencia o durante las guerras civiles. Sin embargo, al enfrentar un conflicto internacional todos —o la gran mayoría— se sintieron en la obligación de responder al llamado de la Patria y empezaron a conformarse los cuerpos de la «reserva», a partir del llamamiento, primero del general Mariano Ignacio Prado y luego del dictador Nicolás de Piérola, a todos los varones entre los dieciocho y los sesenta años para organizar la defensa del país.

En *La Gesta de Lima*, texto editado por el Ejército del Perú en 1981, con ocasión del centenario de la ocupación de la capital, encontramos la relación de los distintos batallones de la reserva y allí figuran los nombres de intelectuales, científicos y artistas que se alistaron para defender la capital.

Algunos de estos patriotas son los siguientes:

Julio L. Jaimes, teniente coronel adjunto, quien desarrollaba labores de periodista.

*Víctor González Mantilla*¹⁶ escritor que recopiló una serie de tradiciones que circularon en la época, donde se refleja la abnegación de los diversos integrantes de

a uno, sus galones en esas guerrillas memorables hasta alcanzar el grado de teniente coronel [...]» (*Ibidem*, p. 10). Se dedica luego de la muerte de su madre al periodismo y a la literatura. Asiste a la tertulia de Clorinda Matto de Turner y participa en la fundación del Círculo Literario, asimismo al lado de González Prada está presente en el partido Unión Nacional. Viaja por América Latina y de regreso al Perú entra a las filas pierolistas. Muere el de diciembre de 1906 y deja una prolífica obra literaria compuesta por dramas, poemas y artículos en prosa.

¹⁵ Si bien se habla de los intelectuales en general, no se intenta en este trabajo incluir a la totalidad de quienes escriben sobre la guerra, sino a quienes, de alguna manera, resultan más emblemáticos, tanto para los años del conflicto bélico, cuanto para los años de la chilenización.

¹⁶ Víctor González Mantilla, nace en Tacna el 28 de julio de 1865 y muere el 16 de julio de 1907. Hijo de Francisco González Mantilla y Adelaida Osorio Ara. Estudia química en Londres, Derecho en la Universidad Mayor de San Marcos y se incorpora a El Ateneo en 1885. Colabora en la revista *Perú Ilustrado*. Desarrolla actividad diplomática y literaria. Recoge una serie de relatos sobre episodios de la guerra con Chile bajo el título *Nuestros héroes*, que se edita en 1902.

la sociedad tanto limeña como del resto del país, de zonas urbanas y rurales. Bajo el título *Episodios nacionales de la Guerra del Pacífico* se editó en dos volúmenes un conjunto de narraciones recogidas por Mantilla, González y Rivas.

Pedro Paz Soldán y Unanue, ingresó a la primera división de infantería de la reserva como capitán temporal y ayudante de la comandancia¹⁷.

Francisco Javier Mariátegui [1793-1883], jurisconsulto y político de los días de la independencia, quien entró a conformar la plana mayor del segundo batallón. Esta presencia, dado lo avanzado de su edad, fue más que nada un símbolo, pero se le asignó el grado de coronel y primer jefe.

Manuel González de la Rosa, miembro de la 6a. Compañía, se incorporó como subteniente.

Federico Blume, con el grado de subteniente formó parte del batallón N° 12, en la 2a. Compañía. Cultivó la literatura.

Agustín de la Rosa Toro, educador, recibió el grado de capitán en el batallón 14, en la 4a. Compañía.

Luis Benjamín Cisneros, literato, ingresó a la 5a. Compañía del batallón N° 11.

Federico Villarreal, matemático, estuvo en la 6a. Compañía del batallón N° 16, como subteniente.

Federico Elguera, literato, subteniente de la 1a. Compañía del batallón N° 18.

Teófilo Castillo, pintor y crítico de arte, también crítico de la sociedad, ingresa como subteniente a la 4a. Compañía del batallón N° 34.

Manuel M. Odriozola, de la 5a. Compañía del batallón N° 34, con el grado de capitán.

Valentín Ledesma, historiador¹⁸, ingresa como subteniente a la 4a. Compañía del batallón 42.

*Federico Barreto*¹⁹, le fue concedido el grado de teniente en la 5a. Compañía del batallón anterior.

¹⁷ Paz Soldán (a) Juan de Arona tuvo obra literaria diversa, condena a la élite que ocupa el gobierno en *Diario de un pensador*, pero además tiene una breve historia diplomática en *Páginas diplomáticas*, relatos de sus viajes; un estudio sobre la inmigración en el Perú, destinado básicamente a criticar la inmigración asiática y a exaltar, —como era costumbre en la época— las virtudes de la inmigración europea, por los prejuicios raciales existentes; y una apreciable obra poética.

¹⁸ Tiene importantes trabajos sobre las campañas finales por la independencia y gran admiración hacia Bolívar.

¹⁹ Nace en Tacna en 1862 y muere en Marsella en 1929. Sus primeros versos se publican en *Los Andes* en 1886. Escribe en diversos periódicos y revistas del sur (*El Progresista*, *La Voz del Sur*, *Letras*). El 28 de julio de 1902 participa en el paseo del pabellón peruano por las calles de Tacna, todavía bajo administración chilena. En 1911 sale al destierro junto con otros periodistas. En 1925 forma parte de la comisión plebiscitaria que no pudo cumplir su cometido por la obstrucción de las autoridades y el pueblo chileno (Pango, 1979).

En la plana mayor figuró el historiador y escritor Nemesio Vargas²⁰, como teniente coronel del batallón N° 46.

Manuel González Prada, integró la 1a. Compañía del batallón N° 50, con el grado de capitán, bajo la conducción de los coroneles Bartolomé Figari y Federico Bresani, ambos comerciantes.

Federico Velarde, quien se mueve igualmente en el campo de la literatura, y al igual que el anterior, obtiene el despacho de capitán en la 6a. Compañía del batallón N° 54.

Fernando Carrillo, literato, entra de subteniente a la Primera Compañía del batallón N° 56.

Teobaldo Elías Corpancho y Sánchez, poeta y diplomático, se enroló en el batallón N° 8.

Carlos Germán Amézaga, quien no solo estuvo presente en la reserva en la campaña de Lima, sino que siguió al general Cáceres durante toda la resistencia en la sierra, actitud que pocos intelectuales mantuvieron, posiblemente por sentirse incapaces de continuar en la vida militar y prefirieron salir al exilio, donde publicarían crónicas y artículos referidos a la guerra, condenando los desmanes chilenos y lo injusto de la agresión. Posteriormente Amézaga y los contestatarios se embarcaron en la crítica política para tratar de dar un nuevo rumbo al país.

Otros intelectuales que tomaron las armas fueron: José Dávila Condemarín, Manuel Atanacio Fuentes, Manuel Moncloa y Covarrubias, Acisclo Villarán y Abelardo Gamarra.

Naturalmente, la guerra no fue el único campo en el cual pudieron demostrar su patriotismo los intelectuales. Hubo también labores diplomáticas que cumplir desde antes de la declaratoria de guerra, hasta la firma del tratado de paz, como el caso de *José Antonio de Lavalle*, quien tuvo a su cargo los dos momentos más delicados en las relaciones internacionales, como fue la misión de 1879 para intentar detener la declaratoria de guerra, objetivo que no alcanzó; y su participación en las últimas negociaciones de paz, en las cuales logró introducir la fórmula del plebiscito en Tacna y Arica, en vez de la cesión definitiva.

Los médicos cumplieron una importante y abnegada labor acompañando todo el desarrollo del conflicto multiplicándose en la atención a los heridos, como es el caso de *José Casimiro Ulloa*.

En general, se aprecia que en la conformación de los cuerpos militares se tomó en consideración el grado de instrucción de los reservistas, por lo cual prácticamente la totalidad de los intelectuales se asimiló en la condición de oficiales.

²⁰ Nemesio Vargas es autor de una *Historia del Perú independiente*, que se inicia en los días de la Independencia y llega hasta la Confederación Perú-boliviana. Además, dejó abundantes notas sobre los años siguientes de la república, hasta la guerra con Chile, que servirían de base a la *Historia general del Perú*, escrita por su hijo, el padre Rubén Vargas Ugarte, S. J.

Participación activa, le damos esta denominación al tiempo durante el cual los intelectuales formaron parte de los cuerpos de la «Reserva». Ante la declaratoria de guerra por Chile, el 5 de abril de 1879, muchos intelectuales se reunieron en la capital. Así, el 26 de diciembre de ese año, al ser convocados por el dictador Piérola, los peruanos hábiles para tomar las armas se incorporaron a estos cuerpos.

Al igual que sus compatriotas siguen con todo interés y emoción las aventuras del «Huáscar» y de su comandante don Miguel Grau. No sabemos si, como muchos en esos días, tienen la secreta esperanza de alcanzar la paz gracias al valor y caballerosidad de este marino, admiración que más adelante daría origen a elogiosas apreciaciones sobre don Miguel.

Dice González Prada: «Épocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo. Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta, ni Piérola, era Grau» (González Prada, 1987, p. 57).

Juan de Arona también dedica a Grau un soneto en agosto de 1879 cuyos últimos tercetos dicen:

De Ilíada y de Odisea es tu victoria;
 El Perú tiene en ti los ojos fijos.
 ¡Cómo envidio tu página en la Historia!
 ¡De tu noble vejez los regocijos!
 ¡El esplendor de tu futura gloria
 Y el nombre que trasmitas a tus hijos! (Paz Soldán y Unanue (Juan de Arona), 1894, p. 49).

Tanto en González Prada, como en Arona, se refleja el entusiasmo y las esperanzas generadas en la sociedad peruana gracias a la actuación de Miguel Grau y sus compañeros del «Huáscar», al punto de perder la noción de realidad, dado que solo con esos elementos no se podía ganar la guerra.

La literatura sobre Grau es abundante, tanto en prosa como en verso, pero para este trabajo interesa, de manera especial, lo escrito en los días de la guerra y años finales del siglo XIX, como es el caso también de Carlos Germán Amézaga, quien en el saludo que presenta a los marinos de la corbeta Argentina²¹ dice:

¡Grau vive! No lloremos
 La leyenda inmortal de Punta Angarrios...
 Vive en nuestro recuerdo, en la memoria

²¹ La corbeta Argentina llega al Perú en misión de buena voluntad para fortalecer los lazos peruano-argentinos, que durante la guerra de 1879 se expresaron en la presencia del futuro presidente Roque Sáenz Peña, de allí el homenaje de Carlos Germán Amézaga.

de la América entera, que hace suya la gloria
del ilustre almirante, como hiciera
suyos también, los grandes hechos de San Martín sobre los Andes (Amézaga,
1948, p. 181).

Se subraya aquí la comunidad argentino peruana por los vínculos creados desde la independencia y fortalecidos por la participación de Roque Sáenz Peña, posteriormente presidente de la república argentina, en el combate de Arica al lado de Francisco Bolognesi. Amézaga, a diferencia de González Prada, dedica una variedad de poesías a diversos participantes en la guerra, entre los cuales está el propio Sáenz Peña:

¡Tú eres un gran poeta! ... Brotaron tus canciones
al ritmo y tonante fuego de los cañones,
no al amor de la lumbre, en el hogar tranquilo
donde no mata el plomo ni entra el hierro de filo [...].
Combatiendo, cantaste ¡Fue tu canción poesía
Quizá la más hermosa que oyó la patria mía,
Cuando herida entre el hosco desierto americano,
Solo halló tu respuesta, solo encontró tu mano! (1948, [«A Roque Sáenz Peña»],
p. 195).

Se alude aquí al aislamiento en el cual se encontraron el Perú y Bolivia durante los años de la guerra, por lo cual se recuerda de manera especial la presencia del argentino Roque Sáenz Peña, quien a nivel particular, se identificó con la causa del Perú.

En *Memorias de un reservista*, González Prada describe los entrenamientos, los desfiles, la expectativa que se crea en la ciudad respecto a una posible victoria y hace hincapié en que los «supuestos entrenamientos» tenían más de exhibición teatral que de preparativos para una verdadera campaña militar. Denuncia González Prada como al acercarse los ejercicios más riesgos por la cercanía del enemigo decrece el ánimo inicial y resultó difícil reclutar a los voluntarios. De esta pusilanimidad culpa a los mismos jefes.

Sin embargo, encontramos otro tipo de opiniones sobre el tema, como los que se incluyen en *La Gesta de Lima*, emitidas por Alberto Tauro del Pino, Jenaro Herrera, etcétera, quienes ofrecen una versión menos dramática. No obstante, es imposible considerar una respuesta absolutamente unánime frente a la guerra. Del balance de las diferentes apreciaciones vertidas se colige que la sociedad peruana no tuvo un comportamiento distinto al que suelen tener los pueblos frente a estos momentos críticos. Al lado de las deserciones estuvo el heroísmo; al lado de la incapacidad, de los errores, estuvieron los aciertos, como la labor del general Cáceres, frente al cual González Prada, a pesar de todo, acuña la injusta frase «debió morir en Huamachuco», al privilegiar su posterior participación

política, que todavía no está ni remotamente estudiada ni comprendida, sobre su heroísmo en la resistencia; primaron en estas apreciaciones los prejuicios de la época (los rumores que circularon entre caceristas y pierolistas, el antimilitarismo, etcétera).

Siguiendo con el relato de González Prada, se habla de la orden recibida para inutilizar los cañones, labor en la cual participaron otros reservistas como José María Cebrián y Francisco Bolognesi, hijo del héroe de Arica²². De allí vinieron a Lima, en la fatídica tarde del 15 de enero, cuando se produjo una serie de desmanes: «No vi los saqueos de los chinos y pienso que los autores no fueron los reservistas de Miraflores, a quienes pocas horas antes había visto yo desfilar disciplinados y con sus efectivos completos. Saquearon los emboscados, los que no salieron a combatir» (González Prada, 1978, [«Memoria de un reservista»], p. 42).

A estas alturas, cuando todo era confusión al atardecer de ese día, resulta difícil señalar responsables. Es cierto sí, que luego de la derrota se buscaron culpables y el grupo humano menos respetado era el asiático, contra el cual se descarga toda la frustración reprimida y, quien aprovecha las circunstancias para saquear e incendiar es el «lumpen, el cual, además, vio en los asiáticos que rodeaban el mercado central a las víctimas propiciatorias.

Actitudes frente a la ocupación: al ser ya inminente el ingreso chileno a la capital, se produjo una especie de «pacto social» de quienes continuaron viviendo en la ciudad: cerrar las puertas al enemigo, no permitirle el ingreso a la intimidad y cortar radicalmente toda expresión de vida social, además de mantener los crespones negros en puertas y ventanas. Esto produjo un profundo desconcierto en el ejército victorioso, como se desprende de diarios de los soldados chilenos quienes se quejan de que las peruanas no salen a admirar la gallardía del ejército triunfante que desfila camino a la Plaza de Armas (Guerra Martinière, 1994).

Otra postura fue dejar la capital para continuar la resistencia en la sierra. Sánchez menciona que González Prada en algún momento pensó en unirse al ejército que el general Cáceres levantó en la sierra, pero que no le fue posible hacerlo ¿por qué? Sánchez no da explicaciones y deja grandes dudas, dado que muchos otros sí lo siguieron, como la propia Antonia Moreno de Cáceres, luego de permanecer algunos meses en la capital para ayudar en el transporte de armas, salida de voluntarios y difusión de propaganda, partió con sus pequeñas hijas a la sierra central²³. Es cierto que la ciudad no se despobló, pero algunos se quedaron para continuar trabajando desde allí en apoyo de la resistencia.

²² Esta acción finalmente fue dirigida por Luis Germán Astete, quien procuró, asimismo, la destrucción de las naves peruana en el Callao, para impedir que cayeran en manos chilenas.

²³ De este acompañamiento a Cáceres a la Breña derivó el sector político que luego de la paz conforma el Partido Constitucional.

El tercer grupo, vinculado con el anterior, fue el que se quedó en Lima para servir de enlace con las fuerzas de Cáceres y militó al lado del presidente provisorio Francisco García Calderón. Estos terminaron unos en el destierro en Chile, junto con García Calderón y otros se incorporaron a las huestes breñeras.

Un cuarto grupo dejó la capital y se fue al norte o al exterior, con ánimo de sobrevivir, pero probablemente fueron los menos.

González Prada militó entre los primeros y dice: «Concluirá con un incidente personal. Me encerré y no salí de mi casa, ni me asomé a la calle mientras los chilenos ocupaban Lima» (1978, [«Memorias de un reservista»], p. 42).

Fueron años en los cuales el propio Lynch, como gobernador de la capital, sus oficiales y soldados sintieron la distancia establecida entre la sociedad limeña y ellos. Es cierto que la vida continuó, se reabrió el comercio, los mercados, pero los espectáculos, administrados muchos por extranjeros, se ofrecían casi exclusivamente para los ocupantes. No obstante, con el paso del tiempo, hubo algunos matrimonios mixtos, pero no fue algo generalizado.

Solo hacia mediados de 1884, cuando debería haberse retirado ya todo el ejército invasor, empezaron a abrirse puertas y ventanas y a transitar hombres y mujeres por las calles, pero quedaban todavía algunos miembros del ejército chileno y González Prada tuvo incidente, que narra Luis Alberto Sánchez:

[...] se decidió don Manuel a salir a la calle [...] Al volver los ojos a la derecha, distinguió a un oficial que avanzaba directamente hacia él [...] el oficial lo miró deteniendo el paso[...] los brazos galoneados se tendieron a don Manuel y con un cariñoso [...] ¡Manuelito[...]! Manuel no detuvo el paso, ni quiso escuchar el llamado. Miró la estrella simbólica y siguió caminando (Sánchez, s/f)²⁴.

Ese oficial habría sido el mejor amigo de juventud de González Prada cuando estudiaba en el colegio Inglés de Valparaíso, pero el odio acumulado en esos años de encierro se volcó en ese no deseado reencuentro.

Obras escritas sobre la guerra: son varios los textos literarios en torno a la guerra, en los cuales se traduce el dolor por el fracaso militar, la impotencia de no haber podido evitar la derrota y el rencor contra aquellos sindicados como responsables de tales hechos, pero, al mismo tiempo hay voluntad por un futuro mejor, y se anhela el regreso de Tacna y Arica a la Patria y, en más de uno se mantiene la secreta esperanza de recuperar Tarapacá.

Uno de los textos más lapidatorios es el de Manuel González Prada referido a la participación de Miguel Iglesias en la firma de la paz, la cual condena, porque permite a Chile consolidar el conflicto como una guerra de conquista. Dice en su poema *Al Perú*:

²⁴ Posiblemente esta versión de Sánchez sea más literaria que real, pero refleja el espíritu apasionado de don Manuel.

Guerra sin arte ni plan,
 Atizaron tres señores
 Para acabar cual traidores
 En las cuevas de Montán (Sánchez, p. 91)²⁵.

Desde un comienzo González Prada y sus seguidores «radicales»²⁶ culpan de la derrota en la guerra a la elite política, por haber continuado con las luchas internas, sin atender al conflicto externo en forma prioritaria. Consideran que se antepusieron intereses mezquinos y no se vio el interés nacional. Atribuye a los civilistas una frase que condensaría tales conflictos: «antes los chilenos que Piérola», frase que circuló en aquellos días.

Para González Prada y un sector importante de la sociedad, incluido el propio Cáceres, la paz no fue debidamente negociada, fue el resultado de la defensa de intereses particulares, como hacendados cajamarquinos, quienes luego de la batalla de San Pablo²⁷ vieron impotentes las represalias chilenas que devastaron las haciendas de la zona. Desde entonces presionaron el general Iglesias para iniciar las tratativas de paz. Esto obligó a la formación de un gobierno dispuesto a conseguir el fin del conflicto a cualquier precio.

Esta opinión, sin embargo, resulta demasiado simplista. No toma en cuenta una serie de variables que surgen a simple vista, como las condiciones en las cuales se encontraba el Perú para poder continuar la lucha. Es obvio que, como lo hizo el general Cáceres, la resistencia debía continuar en territorios más impenetrables, como era la sierra, pero, ¿hasta cuándo? ¿Qué posibilidades de éxito se vislumbraban como para poder atenuar las condiciones para la paz? Estas son disquisiciones que circularon en esos días e inquietaban el ambiente, pero no pasan de meras especulaciones. Quizá el movimiento de Iglesias debió esperar unos meses más para que las negociaciones de García Calderón pudieran definirse, pero uno de los presuntos apoyos con los cuales contaba el Perú había sido Estados Unidos y en esos días fue asesinado el presidente Garfield y su sucesor cambió la política hacia el Perú, dejó de cuestionar la «guerra de conquista».

A lo anterior se suma la presión de comerciantes y diplomáticos extranjeros, que en defensa de sus negocios, vidas y hacienda, también están por la paz y mueven sus influencias en Santiago y Lima para apresurarla.

²⁵ Como «grito de Montán» se conoce la proclama que lanza el general Iglesias el 31 de agosto de 1882 a favor de la paz incondicional con Chile, lo cual entorpece tanto las negociaciones que se llevaban a cabo en Chile por García Calderón, como la continuación de la resistencia de Cáceres en la sierra.

²⁶ La existencia de una tendencia «radical», que en países como Argentina dio lugar a la formación de partidos políticos, no está estudiada en el caso peruano. Este término suele emplearse más con la connotación de revanchistas.

²⁷ La batalla de San Pablo se dio en Cajamarca en julio de 1882. La acción estuvo dirigida por el general Iglesias y el hacendado José M. Puga, quienes consiguieron la victoria, derrota que exasperó a los chilenos, quienes empezaron a destruir las haciendas cajamarquinas.

El mismo alargamiento de la guerra, que sobrepasó los «tres meses» que las autoridades chilenas habían ofrecido a los soldados como duración extrema del conflicto para entusiasmarlos, se habían convertido en tres años y no se veía próximo el final, lo cual originó fuertes reclamaciones a nivel político y militar en Santiago, dado que las acciones se desarrollaban en territorio foráneo, no era la defensa del suelo patrio.

Todas estas circunstancias permiten ver como las exigencias originales que incluyeron Moquegua en las conferencias de Arica²⁸, no aparecen posteriormente y es de suponer que esa reducción de pretensiones obedece a la nueva situación en se llevan a cabo las últimas negociaciones. Las tres representaciones, luego de arduos debates, llegaron al contenido del tratado de 1883.

Otro texto, ya mencionado, es el que González Prada dedica a don Miguel Grau en *A los defensores de la Patria*, donde destaca: «Nadie ignoraba que el triunfo rayaba en lo imposible, atendida la superioridad de la escuadra chilena, pero el orgullo nacional se lisonjeaba de ver en el «Huáscar» un caballero andante de los mares, una imagen del famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarlos vencidos o muertos» (González Prada, 1987 [«Propaganda y ataque»], p. 57).

No obstante su posterior ingreso al anarquismo, González Prada manifiesta aquí su admiración por el héroe, al punto que podría asegurarse que conserva cierta vena romántica, que contraste con el positivismo del tiempo, al quedar subyugado por la personalidad del marino, que no posee los destellos avasalladores de Napoleón o de Bolívar, sino que derrocha cualidades más humanas y cristianas —aunque el autor no las consigne como tales— como el estricto cumplimiento del deber desde una evidente categoría moral.

Termina este texto sacando a luz lo que el escritor y quizá muchos peruanos esperaban del héroe épico:

En el combate homérico de uno contra siete, pudo Grau rendirse al enemigo, pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado a morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores.

Efectivamente. Si a los admiradores de Grau se les hubiera preguntado que exigían del Comandante del «Huáscar» el 8 de octubre, todos habrían respondido [...] '¡Qué muriera!' (González Prada, 1987 [«Propaganda y ataque»], p. 60).

²⁸ Las conferencias de Arica se dieron en la nave norteamericana Lackawanna, entre octubre y noviembre de 1880, por iniciativa de la representación respectiva. Allí se reunieron delegados de los tres países beligerantes y el planteamiento chileno fue radical: la consolidación de Antofagasta por Chile y la retención de Tacna, Arica y Moquegua, además de Tarapacá, al considerar que el Perú no podría garantizar el pago de una indemnización de guerra. Los representantes peruanos y bolivianos dieron por terminada la reunión al encontrar inadmisibile la propuesta.

Ciertamente, es esto lo que el mismo autor exige del héroe, de allí parte su posterior encono contra Cáceres, quien, sin embargo, para bien de la Patria no murió en Huamachuco y pudo enrumbar, más adelante, los destinos del país en los años siguientes a la paz de Ancón y sentar bases sólidas en el proceso de la reconstrucción. González Prada, hombre de pasiones violentas, cifra en estas situaciones límite el ser nacional y aunque cuestiona la existencia de la nación concluye:

Todo podría sufrirse con estoica resignación, menos el Huáscar a flote con su Comandante vivo. Necesitábamos el sacrificio de los buenos y humildes para borrar el oprobio de malos y soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica ¿tendríamos derecho a llamarnos nación [.]? (González Prada, 1987 [«Propaganda y ataque»], p. 61).

Estos últimos párrafos reflejan el sentir de González Prada. Para él no hay términos medios, el sacrificio debía ser absoluto, su concepto del héroe es que se dignifica solo con la muerte, de allí que no conciba a un Grau que pudiera haber vuelto después de la guerra para ocupar un escaño parlamentario y adjudique también a los devotos del héroe naval su sentencia de muerte antes que verlo derrotado y preso. Para González Prada esto habría desvirtuado el icono Grau.

Esta percepción del heroísmo nos permite entender mejor su apreciación sobre la otra gran figura de la guerra: el general Andrés A. Cáceres «El Brujo de los Andes». Durante el conflicto, según Luis Alberto Sánchez:

Don Manuel experimentaba secreta simpatía por Cáceres, desde los días de la campaña de la sierra, pero, ahora esa simpatía la voceaba y pregonaba entre familiares y amigos y hasta pensó en escapar de Lima, para presentarse al cuartel cacerista (Sánchez, s/f, p. 93).

Esta simpatía lo llevó a contradicciones, ya que choca con su antimilitarismo, sobre todo a partir de las guerras entre Cáceres e Iglesias. De todas maneras, trata de hacer un balance de su actuación:

Maduro ya, guerrillea no solo contra los veteranos de Chile, sino contra los achilénados reclutas de Iglesias. Hace frente a los enemigos de fuera y a los traidores de casa. Palmo a palmo defiende el territorio, día a día expone su pecho a las balas chilenas y peruanas. No se fatiga ni se arredra, no se abate ni se desalienta. Parece un hombre antiguo, vaciado en el molde de Aníbal. No es el cobarde que abandona el poder para salvar la vida²⁹, ni el ladrón que se escurre por llevarse el talego³⁰. Nos quita el oprobio de haber tenido un Prado (González Prada, 1978, p. 84).

²⁹ Aquí alude claramente a la negativa del vicepresidente general Luis La Puerta a asumir la Presidencia al ingresar las tropas chilenas a Lima; y a Nicolás de Piérola cuando luego del combate de Miraflores abandona la capital para impedir que el gobierno cayese en manos de Chile. Ambos casos los considera cobardía.

³⁰ La referencia es al presidente Mariano Ignacio Prado, quien deja el país con intención de viajar a Europa para acelerar la contratación de un empréstito y la compra de armas y naves, pero Prado

A Cáceres, en contraste con otras autoridades, todavía le reconoce el mérito de haber salvado el honor nacional al dar la cara en el momento necesario y asumir la dirección de la guerra y del país, cuando se había perdido el rumbo, pero le reprocha no haber cumplido con el requisito supremo de su concepto de héroe:

Si hubiese sucumbido en Huamachuco o en alguna de las cien escaramuzas de la Breña, el Perú se enorgullecería hoy con una trinidad gloriosa; formada por Grau, Bolognesi y Cáceres. Pero fue respetado por las balas: algunas veces el plomo nos hace más daño al no herirnos que al atravesarnos el corazón (González Prada, 1978, p. 84).

¿Es justo este juicio? Evidentemente no, porque de haber muerto en Huamachuco el Perú habría quedado irremisiblemente en manos del general Iglesias, firmante del tratado de Ancón. Injusto también porque esta idea caló, incluso en historiadores de la talla de don Jorge Basadre, quien repite la frase que ha cubierto de sombras la figura del héroe de la resistencia.

Otro texto, escrito en 1914 por don Manuel cuando el Perú entra a la primera crisis política del siglo XX, al ser derrocado el presidente Guillermo Billinghurst por el coronel Oscar R. Benavides, tiene, a pesar de todo, un tardío reconocimiento al general Cáceres, al referirse a su regreso al país en esos días:

Para qué vino?

Hay, pues, dos Cáceres: el otro o el de Palacio y el nuestro o el de la Breña. Triste habría sido que nuestro Cáceres, el Cáceres de la resistencia heroica hubiera regresado para traernos un enmohecido sable de alquiler, un cerebro reblandecido por los años y un corazón minado por la gangrena senil. Felizmente, vino para dar una buena lección a sus antiguos compañeros de armas y a los jóvenes educados por la Misión Militar Francesa. Al tomar una actitud reservada, prueba tácitamente que no acepta solidaridad alguna con la dictadura africana de un Benavides [...] (González Prada, 1978, p. 84).

Se mantiene algo de la admiración por esta figura egregia, cuya actuación política posterior a la guerra falta aclarar, dados los antojadizos prejuicios que sus enemigos hicieron circular. El autor estaría planteando una personalidad disociada en el general, donde luchan el bien y el mal. ¿Qué habría dicho González Prada de haber sobrevivido al 4 de julio de 1919, día del golpe de estado de Leguía?

Otra alusión a la guerra se da al referirse al indio en el artículo incluido en *Horas de lucha* bajo el título «Nuestros indios», donde plantea la pregunta

¿de solo la ignorancia depende el abatimiento de la raza indígena? Ciertamente, la ignorancia nacional parece una fábula cuando se piensa que en muchos pueblos

no viaja con «talegas», el dinero va vía bancaria. El error de Prado no fue económico, no llevó ni un peso o sol encima. Su error fue moral al abandonar el país en plena guerra, y además no logró su objetivo, pues al dejar el poder este fue asumido por Nicolás de Piérola en calidad de Dictador.

del interior no existe un solo hombre capaz de leer ni de escribir, que durante la guerra del Pacífico los indígenas miraban la lucha de las dos naciones como una contienda civil entre el general Chile y el general Perú [...] (González Prada, 1978, p. 85).

Esta es una versión que circuló en los días de la guerra, con algunas variantes, y que, a nuestro modo de ver, se origina en fuente chilena, según se desprende de relatos como el del enviado militar francés E. Le León al ejército chileno, quien narra el episodio de la visita a un hospital en Lima, acompañado por el general chileno Manuel Baquedano, el cual al explicar la razón de la derrota peruana la atribuye a que los soldados peruanos no tienen noción de patria, opinión que es contradicha por tradiciones y relatos como los de González, Mantilla y Rivas y por Enrique López Albújar en «El hombre de la bandera»³¹.

De la confrontación de este tipo de testimonios colegimos que hay aquí deformaciones de la realidad, por el interés que tuvo Chile en presentar al soldado peruano en un nivel de ignorancia y de falta de identidad mucho mayor del que realmente se daba y, en este caso, González Prada al tratar de establecer un conflicto de clases y responsabilizar a la elite peruana de todos los males republicanos, utiliza esto como un elemento más de las injusticias y abandono en que se tiene al indio. Pero este no es el sentir de todos los intelectuales, en el caso de Ricardo Palma este responsabiliza al sector indígena de la pérdida de la guerra por mantenerse en la ignorancia y en un letargo del que llevará mucho tiempo sacarlos.

Por su lado, Abelardo Gamarra («El Tunante») hace también la exaltación del indio, personificado en la figura del «montonero» que se incorpora a las filas de Cáceres, respecto al cual dice:

La Patria está de plácemes: palpita ya su corazón; el puñal enemigo, tocándole en el medio, amenazaba penetrar en él hasta el mango; pero he aquí que ese corazón se estremece u oprimido de cólera, se hace más duro que el diamante. No ha preguntado cuantos son, ni calculado las ventajas de las armas con las que le han de acometer; le importan poco el número y las armas (Abelardo Gamarra (El Tunante), 1983, p. 66).

Gamarra también da crédito al valor, la fortaleza y la identificación del indio con la patria, le reconoce un nivel de conciencia patriótica en la cual no inciden ni González Prada, ni Palma. Gamarra reconoce, además la simbiosis que se da en estos montoneros entre la religión católica y el patriotismo, que son los dos pilares de su desempeño.

³¹ López Albújar en este cuento, producto no de la fantasía sino de la realidad, aunque bajo forma literaria, recoge la versión de un hecho ocurrido durante la guerra en un pueblo de Huánuco, donde el actor Pedro Pomares hace aflorar en su comunidad la conciencia de ser peruanos, al diferenciar a los mistis peruanos de los chilenos y reconocer que los últimos eran enemigos.

En «Propaganda y ataque» se reitera lo mencionado en «Nuestros indios» sobre la incapacidad de nuestros sectores dirigentes:

Más, sería muy aventurado afirmar que nuestra miseria social venga exclusivamente de la guerra con Chile: cierto, la derrota opaca, pone en relieve todos los vicios del vencido, infunde gran desaliento en los ánimos, pero no cambia súbita y radicalmente el modo de ser de una sociedad [...] una guerra de pocos años es una sangría. Podemos estar anémicos, más ¿por qué gangrenados? Lo natural habría sido que pasada la guerra hubiera venido la reacción (González Prada, 1987, [«Propaganda y ataque»], p. 67).

La guerra, según González Prada, no debió afectar el ser del Perú: con ser algo tremendo, debió tener un efecto pasajero, no debía cambiar lo sustantivo de la sociedad peruana, pero advierte que esta no tuvo capacidad de reacción y eso —dice— deriva de algo más profundo que la carcome, de allí lo que transmite en sus dos «anatemas» leídos en el Politeama y en el Olimpo, donde nuevamente está presente el conflicto de 1879, por la ocasión en la cual se pronuncian. Sigue rezumando su amargura por el desastre. Vierte su dolor porque en esos días se iniciaba la colecta del dinero necesario para intentar la recuperación de las «provincias cautivas» Tacna y Arica.

En el discurso del Politeama reafirma sus ideas centrales en torno a la guerra con Chile: Su odio a Chile, que lo lleva a pedir la revancha. Su desprecio y crítica demoleadora contra la élite que perdió la guerra. La injusticia de una guerra de conquista desarrollada por Chile. La desunión nacional y la debilidad de la respuesta peruana a la agresión chilena:

La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre [.]. Por eso en el momento supremo de la lucha, no fuimos contra el enemigo un coloso de bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo, no una patria unida y fuerte [.]. Fuimos individuos aislados, con intereses mezquinos, para quienes prácticamente no significaba mucho el nombre Perú, mientras que el chileno tenía a flor de labio el nombre de su país (González Prada, 1978, [«Discurso en el Politeama»], p. 93).

Insiste González Prada en palabras que Bolívar dijo de la sociedad limeña, en su Carta de Jamaica, de 1815, «[...] el espíritu de servidumbre [...]» que supuestamente no había cambiado en más de cincuenta años y que en ciertos sectores públicos pareciera renacer periódicamente bajo las dictaduras. Sin embargo, cabe destacar que esa actitud es asumida solo por un cierto sector, que se da en muchos países, y busca «caer siempre de pie» con cualquier régimen político.

Luego habla de la revancha, para cuando la sociedad se haya transformado, superado espiritualmente: «Cuando tengamos un pueblo sin espíritu de servidumbre, y militares, políticos a la altura del siglo recuperaremos Arica y Tacna, y entonces y solo entonces marcharemos sobre Iquique y Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero y último (González Prada, 1978, [«Discurso en el Politeama»], p. 93).

Hay en González Prada un belicismo enconado, que exige —como lo haría Francia en la primera Guerra Mundial— la devolución de los territorios conquistados, pero el Perú no se preparó militarmente hasta bordear el centenario de la guerra, y para entonces todo estaba ya consumado. El Perú respetó siempre la palabra empeñada intencionalmente, no escuchó el clamor revanchista, prefirió el camino del Derecho, pero esta postura no siempre se entiende en su verdadera dimensión. Termina invocando a las nuevas generaciones para evitar los errores del pasado y cifra en aquellas la esperanza del mañana.

En forma similar, aunque con alguna menor virulencia se expresa Carlos Germán Amézaga, en su poema «Al Perú» del 28 de julio de 1891:

Yo no vengo a cantarte patria del alma mía ...
 No tenemos tus hijos derecho a una canción.
 Hay cautivos hermanos que esperan todavía
 Romper las ligaduras al himno del cañón.
 Allá de Independencia en la feliz mañana,
 Hacia el lado de Chile, más grande era el Perú.
 Hoy, pues, toda alegría, ni majestad profana
 Si a su Patria no vuelves, lo que ayer fuiste tú
 No lloremos tampoco, ni que el pesar nos venza
 Nadie sabe en su manto que esconde su porvenir.
 ¡Nos cubrimos de sangre, pero no de vergüenza,
 Y algo puede esperar del que sabe morir! (Amézaga, 1948, [«Al Perú»], p. 163).

A diferencia de González Prada que carga el peso de la revancha y del porvenir sobre las generaciones futuras redimidas, Amézaga encuentra valores en quienes afrontaron el conflicto y eso lo destaca en los dos últimos versos, al reconocer los méritos del soldado, del montonero, del guerrillero, del reservista, identificados todos en el «saber morir». Queda sí la promesa de una revancha para rescatar a «los cautivos», pero no presenta el porvenir con la furia que lo hace don Manuel.

El discurso del teatro Olimpo es también de advertencia contra el país del sur, y de la necesidad de construir la nueva sociedad que debe levantarse en el plano moral, en cuya decadencia han contribuido activamente letrados y periodistas:

Si desde la guerra con Chile el nivel moral del país continua descendiendo, nadie contribuyó más al descenso que el literato con sus adulaciones y mentiras, que el periodista con su improbidad y mala fe [.]

La palabra que se dirija hoy a nuestro pueblo debe despertar a todos, poner en pie a todos, agitar a todos, como campana de incendio en avanzadas horas de la noche. Después de San Juan y Miraflores, en el cobarde abatimiento que nos envilece y nos abrumba, nadie tiene derecho de repetir miserias y puerilidades, todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos y fortalezcan los corazones (González Prada, 1978, [«Discurso en el teatro Olimpo»], p. 104).

En cuanto a las derivaciones de la guerra, como fueron las esperanzas frustradas del pronto regreso de Tacna y Arica al Perú son recogidas por numerosos literatos nacidos en dichas provincias, como es el caso de Víctor González Mantilla, Federico Barreto, Federico Blume, Federico Elguera y muchos más quienes vivieron en carne propia los rigores de la chilenización.

Federico Barreto dedica un soneto a José Félix Andía, quien fue el último vicario de Tacna, que se negó a dejar el vicariato no obstante las amenazas y maltratos chilenos que debió sufrir. Se negó a trasladarse a Arequipa, adonde querían, en verdad desterrarlo, para que no continuase infundiendo patriotismo a través de sus sermones.

El último vicario
Para el pueblo cautivo fue el anciano
la Providencia personificada.
Por darlo todo se quedó sin nada
y nadie supo lo que dio su mano.
Y por la Patria, en la contienda herida
hizo aquel de virtud austera
el sacrificio de su propia vida.
Murió como el soldado en la trinchera!
La planta firme, la cabeza erguida,
defendiendo la Cruz y la Bandera!
Con su cabeza de cabello cano
predicaba en la cátedra sagrada,
y así decía: 'Por la Patria amada
debe sacrificarse el buen cristiano! (Barreto, «El último vicario», en Pango, 1979,
p. 52).

Se aprecia en los escritores del sur la identificación que hacen entre religión y patriotismo, porque, efectivamente los sacerdotes mantuvieron la esperanza en las provincias cautivas, acompañaron a la sociedad tanto en los años de guerra como en los de cautiverio y los poetas reconocieron esta simbiosis por la cual el símbolo de la cruz apareció unido a la bandera nacional.

También Barreto, en otro soneto expresa el dolor del destierro, pues fueron muchos los tacneños y ariqueños, pese a todos sus esfuerzos por permanecer en su tierra natal debieron exiliarse. De él es el poema siguiente:

Desde el destierro
De mi suelo natal estoy proscrito,
y al verme aquí, tan lejos de mis lares,
la indignación ahoga mis pesares,
y en lugar de una queja, lanzo un grito.

¡Madre Tacna! Soporta tu tormento
con el valor del mártir en la hoguera.

¡Muéstrate grande hasta el postrer
momento!

Fija está en ti la humanidad entera.
Sufre, pero no lances ni un lamento!

Muere, pero no cambies de bandera!

¿Cuál fue, decid, mi crimen inaudito?

¿Adorar a mi patria en sus altares?

¿Consagrarla mi brazo y mis cantares?

Pues hónranme la pena y el delito! (Barreto, «El último vicario», en Pango, 1979,
p. 48).

Este es el grito de los tacneños durante todo el tiempo que duró la presencia chilena y que forzó la salida de muchos pobladores, que fueron perseguidos por mantener su adhesión al Perú. Se acepta el sufrimiento, pero no renunciar a la patria peruana. No se menciona a Chile, pero sí se le acusa sin nombrarlo.

Para terminar vale incluir un texto de Víctor González Mantilla, quien recoge expresiones de dolor semejante de las cuales participa la población de Tacna y Arica y las vierte, entre otros, en el poema «La cautiva», que fue leído por el autor en el local de «El Ateneo» de Lima:

¡Tacna! ¿qué es de tus hijos? ¿qué se han hecho?

Vélos doquiera con la faz marchita,
llanto vertiendo de mortal despecho;

y cuán tristes, horribles les agita
sordo pesar que les destroza el pecho

desde que huyó la libertad bendita,

extinguendo la luz de tus altares,

llevándose la paz de tus hogares (Barreto, «El último vicario», en Pango, 1979,
p. 82).

En verso, o en prosa, la intelectualidad de «las cautivas» tuvo como tema recurrente el relato de lo ocurrido entre 1879 y 1929, en el país, porque durante medio siglo las provincias del sur, de manera especial, estuvieron no solo bajo la administración chilena, sino que esta encontró los medios para hacer más penosa la vida en cautiverio. En 1929 se firmó el nuevo tratado, pero la herida quedó abierta y pasará mucho tiempo antes de que cicatrice.

Bibliografía

- Amézaga, Carlos Germán (1948). *Poesías completas*. Graciela Miranda Quiroz (comp.). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Basadre, Jorge (1964). *Historia de la República del Perú*. 5a. edición. Volúmenes V y VI. Lima: P. L. Villanueva.
- Abelardo Gamarra (El Tunante) (1983). *La batalla de Huamachuco*. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal.
- Gargurevich, Juan (1981). *La gesta de Lima. 1881-13/15 enero*. Lima: Carlos Milla Batres.
- Gargurevich, Juan (1991). *Historia de la prensa peruana. 1594-1990*. Lima: La Voz.
- González Prada, Manuel (s/f). *Horas de lucha*. Lima.
- González Prada, Manuel (s/f). *Páginas libres*. Lima.
- González Prada, Manuel (1978). *Sobre el militarismo* (Antología). Bajo el oprobio. Selección y presentación de Bruno Podestá. Lima: Horizonte.
- González Prada, Manuel (1987). *Manuel González Prada y la protesta vital. Antología didáctica*. Selección e introducción de Bruno Podestá. Lima: Banco Central de Reserva.
- Guerra Martinière, Margarita (1994). *La ocupación de Lima (1881-1883). El gobierno de Francisco García Calderón*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Nieto Vélez, Armando, S.J. (1983). La Iglesia en 1879. En *En torno a la Guerra del Pacífico*. Lima: PUCP, pp. 149-168.
- Palma, Ricardo (1964). *Cartas inéditas de don Ricardo Palma*. Lima: Carlos Milla Batres.
- Pango Vildoso, Grover (1979). *Altas letras*. Tacna: Instituto Nacional de Cultura.
- Paz Soldán y Unanue, Pedro (pseud. Juan de Arona) (1976). *Poesías completas*. 2 tomos. Lima: Academia Peruana de la Lengua.
- Paz Soldán y Unanue, Pedro (1894). *La línea de Chorrillos. Descripción de los tres principales balnearios marítimos que rodean a Lima*. Lima: Imp. y Encuadernación Gil.
- Paz Soldán y Unanue, Pedro (1883). *¡Vivir es defenderse. Dificultades de Basilio al través de la vida limeña y Diario de un pensador*. Lima: Imprenta de J. Francisco Solís.
- Podestá, Bruno (1988). *Pensamiento político de González Prada*. 2da. edición. Lima: CONCYTEC.
- Puente Candamo, José Agustín de la (1983). Las generaciones en la Guerra con Chile. En *En torno a la Guerra del Pacífico*. Lima: PUCP, pp. 29-46.

Salazar Bondy, Augusto (1978). *Historia de las ideas políticas en el Perú contemporáneo*. Tomo I. Lima: Moncloa.

Sánchez, Luis Alberto (s/f). *Don Manuel*. Lima: Populibros.

Sánchez, Luis Alberto (1931). *Acisclo Villarán, su vida y su obra: 1841-1927*. Lima: s.p.d.i.